



Función de la vida consagrada

1. INTRODUCCION

Nos lo dijo con claridad el Vaticano II: «El estado de vida que consiste en la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenezca a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y a su santidad» (LG 44).

Es evidente que la vida religiosa ha sido y sigue siendo un signo eficaz y salvador del amor de Dios a los hombres, de la sacramentalidad de la Iglesia que hunde sus raíces en Jesucristo muerto y resucitado. Con su honda experiencia de Dios, que llega a cumbres impresionantes en los grandes místicos; con su amor abnegado y liberador, a los más pobres, consagrado frecuentemente por la sangre del martirio, con su creatividad y su ardor apostólico, que ha ido abriendo caminos de esperanza ante las nuevas situaciones humanas, los religiosos y las religiosas han sido y siguen siendo una expresión viva y dinámica de la sacramentalidad de la Iglesia.

Y tenemos que alegrarnos de que toda la Iglesia, representada en el próximo Sínodo de Obispos, se ocupe de la vida religiosa. Para profundizar en su riqueza de vida y en sus aportaciones a la tarea evangelizadora; para repensar y dar a conocer los fundamentos teológicos de su opción; para actualizar el propio carisma y la reforma de encarnarlo; y para alentar la promoción de nuevas vocaciones.

Pero también, —¿por qué no decirlo?— para corregir posibles defectos y para buscar juntos nuevos caminos. Es una tarea de los mismos religiosos, que la emprendieron con ánimo al terminar el Vaticano II. Pero es también cometido de todo el Pueblo de Dios y muy especialmente de la Jerarquía, ya que ha sido la autoridad de la Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo, la que se preocupó de interpretar los consejos evangélicos, de regular su práctica y de determinar incluso las formas estables de vivirlos (Cfr. LG 44; 45). Y los resultados espléndidos de esta forma de proceder están a la vista de todos.

El tema de *la vida religiosa hoy* es muy complejo y muy profundo. Por el tiempo disponible, me voy a centrar en la parte tercera de LINEAMENTA, que lleva por título *Función de la vida consagrada*. Y lo voy a abordar, también por encargo vuestro, desde la perspectiva de la inserción en la Iglesia local y desde la comunión de vida y de misión con toda la Iglesia local. Pero me vais a permitir que antes de entrar en los problemas concretos me detenga en los principios teológicos. Me vais a permitir que diga algunas palabras previas sobre *el ser mismo* de la vida religiosa y sobre *el quehacer* de la vida religiosa. Sólo entonces me centraré en algunas cuestiones prácticas, que dependen mucho de la Teología subyacente y, en algunos casos lamentables, de la ausencia de toda Teología.

2. EL SER DE LA VIDA RELIGIOSA

Frente a una simplificación *funcionalista* de la vida religiosa, me parece que hay que insistir especialmente hoy en su raíz trinitaria. Pues pienso que puede estar, al menos parcialmente, en esta dimensión la causa de muchos cansancios, de muchos abandonos y de la pérdida de la propia identidad.

2.1. Raíz trinitaria

No surge una familia religiosa ni se entrega a la vida religiosa una persona para hacer algo. También aquí hay que insistir en la absoluta prioridad y gratuidad de Dios. Es Dios Padre quien seduce y quien llama. Y el único fundamento válido y verdaderamente sólido de una vocación es la experiencia vivida de Dios y de que Dios me llama. Se trata de una especie de *experiencia fundante*, que es la raíz de toda vocación y que debe ser continuamente revitalizada y realimentada.

Esta llamada, lo sabemos bien, se realiza por Jesucristo: por su Palabra viva, que nos sigue hablando hoy llena de frescor; por los pobres, lugar privilegiado de su presencia en el mundo; por sus signos relatados en el Evangelio, que anuncian nuevas posibilidades de humanidad y de vida; por su presencia sacramental, que nos salva y nos libera de todo lo que nos oprime, hasta convertirnos en hombres nuevos; que nos da el gran don de Dios —la «gracia» del Espíritu Santo—.

Y es El, el Espíritu Santo, «Señor y dador de vida», quien llena nuestro corazón de amor, de alegría y de fortaleza para dejarlo todo por el Reino. Es el Espíritu quien nos lleva a la verdad completa, quien nos

ayuda a *discernir los signos de los tiempos y la llamada personal y comunitaria de Dios.*

Esta raíz trinitaria implica ya dos cuestiones, que considero de la mayor importancia.

2.1.1. La solidez y la profundidad de la vida religiosa dependen de la calidad de la experiencia de Dios (Cfr. PC 1; 6). Y sabemos bien cómo el ritmo fuerte de trabajo, la aceleración de la vida moderna y las tensiones nos dispersan y nos vacían por dentro, hasta llevarnos a una gran superficialidad en criterios, principios, capacidad de entrega y de riesgo. Mucho de nuestro culto y de nuestro mundo oracional no es experiencia del Padre por el Hijo en el Espíritu. Y sabemos que sin una referencia viva a la *experiencia fundante* de la vocación, continuamente realimentada, decaen el ardor de la entrega y la alegría del seguimiento de Jesús, hasta vaciar el Evangelio que se convierte en voluntarismo y en ética.

2.1.2. Nuestra experiencia del Dios Trino amplía y enriquece el horizonte humano de ser *imagen y semejanza* de Dios. Esto implica que hay que pasar de la vida «en común», a la comunión fraterna incluso afectiva, fundada en una verdadera relación de personas diferentes que se aceptan con madurez; del trabajo compartido, a la corresponsabilidad cordial y dialogante dentro de la propia comunidad y de la Iglesia local; de la distribución de tareas, al trabajo en equipo, que supone aceptar y respetar al otro, valorarle, darle juego (Cfr. PC 15).

2.2. Fruto de un don particular

No lo recuerda el *Instrumentum Laboris*: «La vida consagrada se coloca en el misterio de la Iglesia como *don peculiar de gracia del Espíritu en el Pueblo de Dios*» (n. 3), pues sabemos que «Dios llama a algunos cristianos de ambos estados —laicos y clero— a gozar de un don particular en la vida de la Iglesia» (LG 43).

Se trata, pues, de un regalo de Dios inmerecido; de una riqueza para todo el Pueblo de Dios, que hay que acoger con gratitud y con alegría, «pues son muy útiles y apropiados a las necesidades de la Iglesia» (LG 12).

Este carisma hay que vivirlo desde la espiritualidad bautismal. Una espiritualidad que abarca toda la radicalidad evangélica, pues «esta vocación al amor perfecto no está reservada de modo exclusivo a una élite de personas. La *invitación* “anda vende lo que tienes y dáselo a los pobres”,

junto con la promesa “tendrás un tesoro en los cielos”, *se dirige a todos*, porque es una radicalización del mandamiento del amor al prójimo» (*Veritatis Splendor* 18). Sobre esta espiritualidad común a todo cristiano y sobre los tres *votos* comunes a todo religioso y religiosa, el propio carisma se vive como un *excedente* que se añade a la gracia bautismal. Y es fundamentalmente este carisma y la forma de vivirlo en concreto lo que diferencia a unas comunidades religiosas de otras.

Corresponde a la esencia del carisma el *carácter de parcialidad*. Es decir, el Espíritu da un don *particular* para tareas *particulares* dentro de la misión global de la Iglesia. Y con mucha frecuencia, se trata de tareas especialmente urgentes o nuevas, que exigen una respuesta también novedosa.

Por consiguiente, un *carisma* está, por su misma esencia, destinado a articularse orgánicamente con los demás ministerios y *carismas*, bajo la guía del Magisterio, pues tienen que contribuir a «renovar y construir más y más la Iglesia, según aquellas palabras: *A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común*» (LG 12). De tal manera ninguna persona y ningún grupo particular debería arrogarse para sí y para fines propios lo que es riqueza de todos.

De estos principios, surgen algunas consecuencias que me parecen del mayor interés. Y voy a fijarme en las siguientes:

2.2.1. La vida religiosa misma y la presencia de familias religiosas en una Iglesia local es una gracia de Dios que hay que saber acoger con alegría y que hay que saber valorar. Y esto significa que también la pastoral ordinaria de las parroquias debe ocuparse de dar a conocer los diversos carismas, de recurrir a su ayuda cuando sea necesario y de promover las diversas vocaciones.

2.2.2. Por tratarse de un carisma al servicio de la Iglesia, y por ser la Iglesia local la concreción de la Iglesia universal, los religiosos y religiosas *serán más fieles, en el sentido profundo del término, a su propio carisma* cuando traten de vivirlo de forma articulada dentro de la pastoral diocesana, buscando cauces de inserción y de complementariedad. Se equivocarían gravemente si se limitaran a seguir sus fines y tareas al margen o en contra del dinamismo de la Iglesia local (Cfr. CHD 34-35; JUAN PABLO II, *Discurso a los Superiores Generales*, 24-XI-78).

2.2.3. Además, por su misma naturaleza, un carisma tiene el carácter de parcialidad. De ahí que esa parte de la misión global de la Iglesia sólo

será verdaderamente eficaz y evangélica si, en un diálogo abierto y en una colaboración fraterna, se deja fecundar por los demás carismas y comunidades, y se convierte en fermento vivo y fraterno para los demás.

2.2.4. Lo propio de las comunidades y familias constituidas en torno a un carisma es *la creatividad y la novedad*, ya que el Espíritu Santo las suscita como respuesta viva a nuevas situaciones de los hombres. Precisamente por ello, necesitan vivir la fidelidad a sus raíces de una forma dinámica, que responda a los nuevos signos de los tiempos. Y su inserción en la Iglesia local para realizar tareas diocesanas o parroquiales no debe llevar al religioso y a la religiosa a perder su identidad propia (Cfr. PC 2; *Lineamenta*, n. 40).

3. EL QUEHACER DE LA VIDA RELIGIOSA

Nacidas de una experiencia profunda e ilusionante de Dios, las diversas familias religiosas han ido surgiendo al hilo de las necesidades históricas. Desde una visión de fe, han ido surgiendo como una *vocación y una provocación* de Dios a través de los *signos de los tiempos*.

Puede que la prioridad cronológica esté constituida por un problema humano grave, que pide una intervención salvadora y liberadora del amor fraterno. Pero *los cimientos últimos* de toda comunidad religiosa están ocultos en la experiencia de fe; en lo que antes he llamado *experiencia fundante*. Porque sólo un Dios Padre nos lleva a descubrir al otro como hermano; sólo el seguimiento de Jesucristo nos impulsa a escuchar una llamada en el dolor o en las carencias de los pobres; sólo el Espíritu Santo derrama en nosotros el amor y la fuerza necesarios para ofrecer nuestra vida como sacrificio existencial en el servicio al otro.

La Teología nos dice que toda vocación es para una misión. Nacidas de la común experiencia de Dios, de la experiencia trinitaria, las diversas Familias religiosas se diferencian fundamentalmente por sus carismas: por el don que el Espíritu les ha dado para cumplir una misión concreta dentro de la misión universal de la Iglesia (Cfr. CHD 1).

3.1. Nacidas en el seno de la iglesia local

El Vaticano II invita a las diversas familias religiosas a renovarse. Y para ello, uno de los puntos más fundamentales es volver a sus orígenes (Cfr. CHD 2b). Y aunque el Concilio no lo dice expresamente, todo fun-

dador es fruto, en su vida de fe y en la respuesta al carisma recibido, de una Iglesia local. En ella, ha recibido el don de la fe; en ella, ha madurado su fe, en ella, ha escuchado la llamada de Dios; y en ella, ha encontrado personas y medios para responder a Dios: para *vivir su fidelidad a Dios*. Con frecuencia, no se trata de una sola Iglesia local, sino de varias. Pero nunca podrá olvidar que esa raíz común posibilitó y permitió el desarrollo de su carisma. Y que esa Iglesia también se lo va a posibilitar y a permitir hoy. Esa Iglesia —esas Iglesias locales— que le dio cuanto es, y que le pide ahora cuanto tiene.

Y me gustaría señalar ya algunas consecuencias prácticas de este principio histórico-teológico.

3.1.1. En primer lugar, ayudar a los religiosos, en su etapa de formación, a valorar la Iglesia local con sus riquezas y sus carencias; ayudarlos a sentirse *también parte* de esa Iglesia, en la que un día tendrán que insertarse para servir desde su carisma. Es la madre fértil que, desde su pobreza, engendró a la fe y preparó para la respuesta radical a Dios a todos los fundadores y fundadoras.

3.1.2. Reflexionar sobre el papel que corresponde a este religioso concreto, de acuerdo con su carisma, dentro de la Iglesia local; conocer las respuestas que se están dando en la línea del propio carisma; tratar a las personas que trabajan en ese campo.

3.2. Por fidelidad a los signos de los tiempos

Cada cristiano, y también los religiosos y religiosas, viven su fidelidad a Dios también siendo fieles a los *signos de los tiempos*: siendo fieles a la llamada de Dios en un lugar y en un espacio concretos. A través de problemas, desafíos y sufrimientos humanos, Dios llama a algunos de sus hijos a dar una respuesta radical de amor fraterno; a proclamar con obras y palabras que el Reino ha llegado: son los religiosos. Dios los llama desde los enfermos abandonados, desde los niños sin escuela, desde los ancianos sin hogar, desde una cultura cerrada a la Trascendencia, desde la pérdida de la dimensión contemplativa de la persona humana. Y para cumplir esa tarea, les da un carisma concreto.

Por la parcialidad de su tarea necesitan enraizarse más en la Iglesia local, para no perder de vista la misión global del seguidor de Jesucristo; la misión global de la Iglesia. Y dentro de esa Iglesia local, a ellos les corresponde, siempre en comunión de vida y de acción pastoral con el

Obispo, dar respuesta evangélica a las situaciones más fronterizas y que requieren una mayor especialización.

A veces, la necesidad o el problema originales, a través del cual Dios hizo una llamada y dio un carisma adecuado, desaparecen o encuentran respuestas más técnicas y actualizadas en las instituciones sociales. Entonces, si Dios sigue enviando vocaciones, hay que buscar nuevas formas de fidelidad al carisma. Pues la fidelidad evangélica no consiste en el cumplimiento literal y estático, sino que es una fidelidad creativa y dinámica.

También de estos principios se derivan consecuencias importantes para la vida religiosa y para la Iglesia.

3.21. En primer lugar, la necesidad de actualizar el propio carisma en la línea de los fundadores. Cuando, en la vida religiosa, *todos lo hacen todo y casi de la misma manera* —todas las familias religiosas realizan las mismas tareas—, hay algo profundo que se ha perdido. Y necesitamos descubrir las nuevas formas de pobreza y las nuevas *provocaciones* de Dios (sin excluir el mundo rural) y *extremar* el Evangelio ante el hombre amenazado y roto.

3.2.2. Además, no tener miedo a dejar obras que están siendo realizadas por la sociedad con más medios económicos y con mejor preparación técnica. Hay que proceder ciertamente con mucha cautela, pero es necesario correr riesgos. Al final, ante la falta de personas de la propia congregación, se termina por poner esas mismas obras en manos de personas empleadas que no están movidas por el carisma fundacional y, con frecuencia, ni siquiera por el Evangelio.

3.2.3. Hacer una selección rigurosa al acoger nuevas vocaciones, teniendo en cuenta la calidad humana y la calidad evangélica del candidato y su *congenialidad* con el carisma fundacional.

3.3. Fuente de creatividad evangelizadora

Es evidente que las diversas congregaciones religiosas han sido también creadoras de nuevos cauces y métodos de evangelización; de respuestas evangélicas originales ante la nueva sensibilidad histórica y los nuevos problemas humanos. Precisamente por ello, cuando la Iglesia toda está tratando de llevar a cabo una *nueva evangelización*, necesitamos la aportación valiosa de los religiosos y de las religiosas, que tam-

bién hoy busquen respuestas nuevas y originales para proclamar el Reino de Dios con obras y palabras.

No debemos olvidar que los caminos nuevos suelen encontrar dificultades para ser aceptados. Y a veces, estas dificultades proceden de la misma Iglesia. Pero este hecho cierto no puede ni debe llevar a las familias religiosas al desaliento ante lo que dicta un discernimiento evangélico serio y menos a convertirse en una Iglesia paralela. Pues lo que aportarían de novedad creativa quedaría viciado por la falta de comunión eclesial. Como dijo el Papa Juan Pablo II a los Superiores Generales: «Sois, por vuestra vocación, para la Iglesia universal, a través de vuestro ministerio en una determinada Iglesia local. Por tanto, vuestra vocación para la Iglesia universal se realiza dentro de las estructuras de la Iglesia local. Es necesario hacer todo lo posible para que la vida consagrada se desarrolle en cada una de las Iglesias locales, para que contribuyan a su edificación espiritual, para que constituya su fuerza especial. La unidad de la Iglesia universal por medio de la Iglesia local: He ahí vuestro camino» (*Discurso a los Superiores Generales*, 24-X-78, n. 3).

También en este punto deseo suscitar alguna inquietud personal, para ver hasta dónde puede ser compartida.

3.3.1. ¿No adolecen, muchas de nuestras familias religiosas, de falta de creatividad apostólica? ¿No hemos caído todos en una cierta atonía y en un notable conformismo?

3.3.2. ¿Qué pensar de tantas familias religiosas que vienen a realizar todas prácticamente las mismas tareas, y cuyas diferencias son matices difíciles de captar para el Pueblo de Dios? ¿Qué pensar de aquellas otras que tratan de reorientar su misión en una línea bastante alejada al carisma fundacional? Son preguntas que me hago y que me preocupan. Y las hago desde el respeto, desde la caridad pastoral y desde la responsabilidad, sin ánimo de herir a nadie.

3.4. Atentos a los nuevos desafíos

En cada momento histórico, el Espíritu ha suscitado personas capaces de dar una respuesta creyente a esa situación. Y también hoy nos encontramos con problemas y situaciones que desbordan ampliamente las posibilidades de la Iglesia local. Me voy a permitir sugerir algunos de estos desafíos, que están pidiendo respuestas nuevas a los creyentes:

3.4.1. Las nuevas formas de marginación y de pobreza: Ancianos y enfermos crónicos, que no carecen de medios económicos pero sí de una adecuada compensación afectiva; enfermos terminales del SIDA; emigrantes ilegales que malviven en los países ricos...

3.4.2. El diálogo fe-cultura: Se trata de encontrar caminos adecuados, que nos permitan hablar de Dios al hombre secular, y que permitan a este hombre vivir su fe sin tensiones en el seno de la cultura científico-técnica.

3.4.3. La presencia evangelizadora en los medios de comunicación de masas. Especialmente en el mundo del sonido y de la imagen. Se trata de que, también en estos medios, se dé un testimonio explícito de Dios y del Evangelio.

3.4.4. Maestros de oración y acompañantes en el camino de la fe. Es decir, personas con una fuerte experiencia de Dios, capaces de enseñar a orar al hombre de hoy sin apartarle de su vida secular y de su compromiso en este mundo. Y capaces también de escuchar y de acompañar en el proceso de una fe que trata de ser madura y adulta.

3.4.5. Promoción del voluntariado, especialmente entre los profesionales, para encontrar formas nuevas y más actualizadas de vivir el amor fraterno. Un buen ejemplo de lo que propongo podría ser «Médicos sin fronteras». ¿Por qué no ingenieros sin fronteras, químicos sin fronteras, economistas sin fronteras...? Pues no cabe duda de que una de las causas del retraso de muchos países está no en la falta de materias primas, sino en la falta de personas técnicamente preparadas.

3.4.6. Avance de la promoción de la mujer. Aún queda una gran tarea por hacer dentro de la sociedad y de la Iglesia. Pienso que un campo en el que las mujeres pueden enriquecer mucho a la comunidad cristiana es el campo del estudio. Necesitamos la palabra de la mujer en el campo de la Teología, de la sagrada Escritura, de la reflexión sobre la catequesis y sobre la acción pastoral.

4. LA INTEGRACION DIOCESANA DE LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS

Los *Lineamenta* nos recuerdan que «la eclesiología de comunión es la idea central y fundamental documentos del Concilio» (n. 34). Se trata

de la única Iglesia de Jesucristo, enriquecida con ministerios, carismas y funciones diversas que, en la práctica deben complementarse y articularse de forma orgánica, si bien unas han de estar subordinadas a las otras dentro de la fraternidad a la que nos llama el mismo Jesús (Cfr. Mt. 20, 25-28). El artífice de esta comunión es el Espíritu Santo, que reparte sus dones y que nos adona con sus frutos de amor, humildad, concordia y mansedumbre (Cfr. Gal. 5, 22-23).

Pero somos humanos y no siempre hacemos un discernimiento serio para descubrir la llamada del Espíritu. Es ahí donde surgen los problemas que también debemos abordar. Y propongo a vuestra consideración los siguientes:

4.1. El magisterio de la fe

No se trata de una cuestión disciplinar o jurídica, sino de un tema eclesiológico de gran calado. Y no resulta fácil armonizar la eclesiología del Vaticano II sobre la Iglesia local y sobre la Iglesia comunión, con la legislación vigente sobre la «justa autonomía» de los Institutos de vida consagrada que debe ser «conservada y defendida» por los mismos Obispos (C.I.C. can. 586).

Teológicamente sabemos que son los Obispos, sucesores de los Apóstoles, quienes tienen una palabra «autorizada» en lo que hace a la doctrina de la fe. A él le corresponde básicamente ser el maestro de fe y doctrina en la Iglesia local. Pero es frecuente que los religiosos/as tengan una gran incidencia desde sus cátedras de Teología, desde sus clases con jóvenes y adolescentes y desde sus tareas pastorales, que no han sido confiadas por el Obispo. Y no siempre su enfoque está en sintonía con el camino que se ha trazado la Iglesia local.

Por otra parte, la historia nos dice que el progreso de la vida cristiana, de la Iglesia y de la misma doctrina no se produce sin dolor y sin cruz.

Hay quien piensa que la «legítima autonomía» se refiere a los asuntos internos de cada Instituto, pero que deja de ser legítima cuando tiene que ver con la tarea pastoral en una Diócesis. No estoy tan seguro de ello ni me parece fácil marcar los límites.

Ciertamente se ha alcanzado mucho en el diálogo, en la fraternidad y en el respeto mutuo. Pienso que debemos reflexionar y buscar cauces para limar las posibles tensiones y para fomentar la comunión, sin dañar el derecho a un legítimo y pluralismo y sin cerrar las puertas a la novedad del Espíritu.

Desde luego, hay dos riesgos que debemos evitar: El de establecer

Iglesias paralelas; y el de sustraer la mayor parte de la responsabilidad diocesana a la autoridad doctrinal del Obispo.

4.2. Los programas pastorales

Durante los últimos años se ha avanzado mucho en una nueva forma de trabajar pastoralmente: a base de Programas de Pastoral Diocesanos. Pero también aquí nos encontramos con dificultades notables, no es fácil lograr que los religiosos/as que no tienen cargos parroquiales ni diocesanos asuman estos programas como algo propio. Y hasta puede darse el caso de que ni siquiera se camine en la misma dirección. Porque otra vertiente del mismo problema es que se inicien o se abandonen en una Diócesis obras pastorales de los religiosos, sin tener en cuenta lo que piensa y está buscando la Iglesia local.

El problema de fondo es un desconocimiento práctico muy fuerte del rico contenido de la Iglesia local: por parte de los religiosos y por parte de los diocesanos.

La solución no consiste en que los religiosos asuman tareas diocesanas o parroquiales ni en que hagan suyo el Plan Diocesano *además* de sus tareas propias. También la Iglesia local *debe aceptar como algo propio* a esa comunidad religiosa y su mismo apostolado.

Se trata de dar pasos rigurosos y serios. Resulta insuficiente el que algunos religiosos participen en la elaboración y en el desarrollo de los programas diocesanos. Lo que se necesita es *un cambio de mentalidad por ambas partes* —religiosos e Iglesia local— y un *acercamiento fraterno* de unos a otros.

4.3. La inserción en las obras diocesanas

En los últimos años, se ha avanzado mucho en esta dirección y es de justicia el reconocerlo. En manos de los religiosos y religiosas está la mayor parte de los colegios confesionales, de las obras asistenciales y del trabajo con los marginados: pobres, transeúntes, emigrantes, enfermos terminales, drogadictos, prostitutas, ancianos y niños abandonados. También han aceptado puestos en el trabajo parroquial, en la enseñanza de la Teología y en los cargos diocesanos. Su presencia es una riqueza impresionante y una ayuda inestimables para la Iglesia diocesana.

Pero aún no hemos llegado a un sano equilibrio desde ambas vertientes. Por una parte, para que los religiosos/as no pierdan su identidad ni la originalidad de su carisma al vivir esta inserción en la Diócesis. Por otra,

para que se acreciente su espíritu de pertenencia y su sentirse *enviados por el Obispo de la Diócesis*.

En concreto, aún subsisten dificultades a la hora de nombrar párrocos y coadjutores, al no tenerse muy en cuenta el parecer de los Obispos; a la hora de decidir el traslado de una persona que está cumpliendo una tarea diocesana; a la hora de potenciar las obras parroquiales siguiendo la dinámica del propio Instituto antes que la dinámica de la Diócesis; a la hora de potenciar las obras diocesanas de apostolado seglar...

4.4. El trabajo con los laicos

Puede que sea este campo el más deficitario. Es verdad que se atiende a los laicos en el sacramento de la Reconciliación, en el acompañamiento espiritual, en la animación de la vida interior, en diversos cursillos y cursos teológico-bíblicos. También es verdad que se cuenta con ellos en las obras asistenciales que promueven los diversos Institutos, pero se advierten también carencias notables.

En el trabajo con los laicos, se los orienta muy preferentemente a obras asistenciales, al servicio litúrgico y a las tareas de catequesis. No es corriente que se potencien y se promuevan los movimientos apostólicos ni el compromiso socio-político. Y con frecuencia, se los inserta casi exclusivamente en las organizaciones apostólicas del propio Instituto.

4.5. Organismos de coordinación

La necesidad es patente hace tiempo. Y se han ido dando pasos, que han llevado a crear los organismos necesarios. Pero la vida de estos organismos parece lánguida y no incide sobre la mayoría de los religioso/as. Tras un momento inicial de cierto optimismo y de esfuerzos muy notables, la tensión hacia un conocimiento, una valoración y una cooperación mutuas entre diversos Institutos y comunidades religiosas ha decaído.

¿Las causas? ¿Sobrecarga de trabajo, de reuniones, de burocracia? ¿Pérdida de un sentido eclesial profundo? ¿Escasez de resultados? El tema no podemos darlo por perdido, pues en la medida en que avancemos en la conciencia de ser Iglesia —y pienso que esto es más fácil desde la Iglesia local—, saldremos ganando todos.

4.6. El documento «Mutuae relationes» (14-V-78)

Personas lúcidas y conocedoras del tema piensan que conserva todo

su vigencia. Seguramente necesitará retoques para adaptarse al nuevo Código de Derecho Canónico y a los avances de la Eclesiología de Comunión.

Tal vez sea necesario volver a estudiarlo a fondo y trazarnos una serie de acciones, por pequeñas que sean, que nos recuerden continuamente las metas y nos ayuden a abrir nuevos cauces de comunión.

5. PREOCUPACIONES EPISCOPALES SOBRE LA VIDA RELIGIOSA

1ª. LA CALIDAD EVANGELICA de las personas y de los estilos de vida. La V.R. será lo que sea la presencia evangélica de sus miembros. Existe un generalizado aburguesamiento, conformismo, acomodación, domesticación y amordazamiento del Evangelio.

2ª. La falta de CREATIVIDAD APOSTOLICA, signo de hasta qué grado está viva la sensibilidad para las novísimas pobreza de nuestro mundo o para las nuevas manifestaciones de las viejas pobreza. A la Iglesia interesa que la V.R. «extreme» el Evangelio y las presencias al hombre más roto.

3ª. Los dos aspectos anteriores (en la medida en que no se dan) arguyen una débil experiencia de Dios. Mucho de nuestro mundo oracional (vida espiritual, vida litúrgica) no es experiencia de Dios o es poca. Es mayor el desgaste de trabajo y de tensiones, que la realimentación. El pluriempleo, la dispersión, la aceleración, las tensiones... producen una sensible superficialidad y menor vigor espiritual... en criterios, principios, capacidad de decisión y de riesgo.

4ª. Comunidades fraternas. Revisar los conceptos (CIC) de «vida de comunidad», «vida en común», «vida común», que han sido una rejilla formal, mantenida y promovida por sí misma bajo el capítulo de «observancia», muchas veces en detrimento de la COMUNION FRATERNA fundada en una verdadera relación de personas, que respeta a las personas, las valora, les da juego, las madura, las corresponsabiliza...

5ª. Voluntad de COMUNION ECLESIAL, de conjuntar carismas diversos, ahondando a la vez la diversidad (como una riqueza que da el Espíritu) y el ensamblado vital de los mismos. La visión mismas, desde el principio, como muy frecuentemente también en otros medios eclesiales, nace ya cerrada sobre sí misma, como si se tratase de realidades autónomas y poco menos que autosuficiente.

6ª. Disponibilidad para construir una COMUNION SUFRIDA Y DINAMICA, que se va haciendo por participación activa en procesos de

DISCERNIMIENTO en sentido amplio con otros miembros del Cuerpo de la Iglesia. El principio de que somos mutuamente «miembros necesarios» desde el proyecto de Dios, está lejos de ser una convicción común y compartida hasta... todas las consecuencias.

7ª. Las instituciones del «Mutuae Relationes» y del documento correspondiente de la Conferencia Episcopal Española, validísimas, han calado poco.

6. CONCLUSION

Termino como empecé: la vida religiosa es una expresión rica y llamativamente testimonial de la sacramentalidad de la Iglesia. Es un regalo de Dios también para nuestro mundo moderno.

En el diálogo que ya hemos iniciado y que va a tener su punto culminante en el próximo Sínodo de Obispos, tenemos que partir de todo lo positivo que tiene y que aporta a la Iglesia y al mundo. Y desde ahí hemos de seguir avanzando mediante un diálogo abierto, lleno de confianza en el otro, respetuoso y acogedor. Es lo que he aprendido hacer a través de estas reflexiones.

Antonio Dorado Soto
OBISPO DE MALAGA